

GENARO ESTRADA: VOCES Y ÁMBITOS

Sergio Fernández

Hace años —todo siempre pasa hace años— Edmundo O’Gorman me dijo lo que transcribo de memoria: “un americano culto lo es dos veces más que un europeo”. La frase, conspicua y tal vez hiperbólica, de hecho puede aplicarse a Genaro Estrada. Es, visto desde tal ángulo, no una *summa artis* —como suele decirse— sino una cultural. Por eso no resulta un escritor de casilleros. Lo vasto de sus conocimientos (tradicición y novedad, integraciones; captura de una totalidad) lo vuelve de agua, listo para penetrar por todas las rendijas de su mundo ambiental. No es fácil pescarlo a pesar del claro deslinde existente, *grosso modo*, entre sus versos y su narrativa, sea ésta de la clase que sea. El narrador que en él existe se cuela, ya lo dije, por múltiples resquicios, los que al lector ofrecen amplio margen: el que nuestras cavilaciones pretenden diseñar. Es —¿cómo explicarlo?— muchos y uno al tiempo. Uno el que consolida en la sintaxis; múltiples los que advierten y cristalizan dentro de la escritura: el crítico, el viajero que redacta lo visto o lo sentido; el que intenta un poemario en prosa (acaso primero entre nosotros), el epistolar, el que cultiva el diálogo a manera de teatro. Pero también el periodista, el miniaturista, el coleccionista, el pintor de bodegones y de naturalezas muertas —que merece mención por separado—, el ensayista de altura, el narrador pseudobiográfico, el oronista que bien pudo serlo, como Novo, de la ciudad de México, una de sus grandes pasiones. Aparte, pero no marginados, se encuentran el bibliófilo, el mecenas literario, el constructor de empresas cultas, el editorialista. Estos últimos no escriben sobre el papel; redactan invisiblemente enriqueciendo al narrador.

Tal hato obviamente abarca campos diferentes. Pues su literatura da acomodo a otras artes, en especial la pintura, la música, la danza, la arquitectura. Al parecer le pertenece todo, lo propio y lo distante. Se trata de esos espíritus ubicuos a los que, les es difícil situarse en un espacio únicamente.

De esta manera Genaro Estrada es ese doblemente culto americano cuya mirada se posa por un lado y el opuesto en afán —diría yo— de integración con miras de internacionalizar la cultura propia. Por ello su mexicanidad, de fuertes raíces, se extiende a lo largo de todos sus escritos. De aquí se parte y en este amplio espectro podría aplicarse un criterio para el estudio de su obra. Se trata de tomar la sartén por el mango para pensar en una especie de temática geográfica que alcanza, en primera instancia, a América Latina y luego a Europa, para ocuparse después —me refiero a importancia— de Estados Unidos, especialmente basado en los sitios que conoció. El propio México será el centro en que converjan sus cavilaciones que abriguen, además, obvio decirlo, al hombre político y especialmente al diplomático. Estos flancos le permiten ampliar sus miras y complementarlas. Es la *summa* a la que me he referido y que el hombre americano culto representa

Escritor que alberga en su interior “al demonio de la pelea” —suya es la frase— le debió haber parecido injusto, como a toda sensibilidad superior, que su país de nacimiento fuera y sea históricamente vulnerable. Tal es el disparadero de su pensamiento y su obsesión de redimir a México y a la América Española en general. Y si no supo, en su época, de la triste denominación de Tercer Mundo, sí conoció de su debilidad, característica que asumió conscientemente para intentar eliminarla. El cómo —acaso inútil para una exposición de esta naturaleza— es el tema de los siguientes párrafos.

Como viajero es peculiar, ya que sus enfoques se encaminan lo mismo a lo que es importante que a lo nimio, a lo baladí. Pasa la mirada por algunos países europeos que le interesan primordialmente: Italia, España, Francia. Es obvio que, al confrontarlos con lo nuestro, habrá de sacar la enseñanza apetecida para la redención:

¿Cuál es el ideal de Italia? No lo sé; pero lo pre-

siento abstracto, nebuloso como un poema simbolista (...) todas las nuevas ideas sobre arte y expresión estética, que parecen salidas unas de Francia, otras de Rusia, tuvieron su origen en Italia; los "ismos", fracasados o triunfantes, incubáronse en los audaces cerebros italianos, lo mismo que ciertas revoluciones científicas de trascendencia universal. Ahora es Ottorino Repighi quien con su sinfonías extrañas va más allá que las últimas novedades de la *chauve suris*.

Es el país, según él, que ha recorrido toda la gama de experiencias, lo que equivale a decir que se halla no al margen de la historia sino en la historia misma cultural de todos los tiempos: desde los orígenes, o sea la herencia que recibe de los etruscos y de Grecia y Oriente. Florencia y Venecia le importan tanto como Tiziano, Leonardo o Luini.

En cuanto a Francia absorbe todo: lo mismo una catedral gótica que la música, o escritores a los que se encarga, con otros mexicanos, de poner en boga entre nosotros: Bertrand, Valery, Gide, Proust, Breton. A este último lo enfoca de manera especial, en extremo crítica, como veremos en seguida. Porque la Revolución suprarrealista lo presiona a serias conjeturas. "Ya Joyce —dice— sin ser de la banda, ha logrado mejores resultados con procedimientos no iguales, pero semejantes: su despertar del sueño tiene páginas de una realidad mucho más original que la irrealidad imprevista de los suprarrealistas. Y es que Joyce, en su procedimiento, parte efectivamente de la suprarrealidad, mientras que los suprarrealistas de escuela trabajan, aunque no lo advierten, en la infrarrealidad, es decir, con los materiales del sueño". Y añade que abusan confundiendo lo "primitivo" con la "inhabilidad". ¿No es la comparación sorprendente se esté o no de acuerdo con ella? A Proust en cambio lo acepta sin objeciones, sabiendo, desde su momento, que de él no puede prescindirse. ¿No tuvo Pedro Salinas también la urgencia de traducirlo y lo leemos como si se tratara de una biblia contemporánea? Su inquietud —a la de Estrada me refiero— atraviesa lo comprobado y lo que está de moda: lee a Shakespeare, le interesan los prerrafaelitas; oye a Stravinsky y perpetra el *Ulises*. Y si de paso se refiere, valga el caso, a la dinastía Ming, no de paso habla del ultraísmo, del unamunismo, de Dadá.

En cuanto a España la comparte, digamos, más al rojo vivo. De ella proviene su escritura, "ismos" europeos de por medio. Por una parte sigue insistiendo en la pintura: Goya, Picasso —de

quien escribe un libro—, Salvador Dalí. Sabe que el castellano, por su alto rango literario, le da el espadarazo necesario para asentar sus reales. Escucha los ecos de los clásicos y admira especialmente a Lorca. El afrancesamiento de la época no le impide su admiración por lo español, de modo que sus versos, amigos de un romanticismo tardío y de un modernismo aún vigente, reconocen su origen prístino. No padece, como otros hispanoamericanos, de un snobismo patricida.

Por eso en *Pero Galín* —acaso el más conocido de sus escritos— abre las puertas a su tema indudablemente preferido: Nueva España. El colonialismo (contradictorio en él ya que lo acepta y lo rechaza a un tiempo) ofrece, si no es de "receta", la salvación de ese americanismo desafortunado que se operó lo mismo en Alonso de Ercilla que en Bello. No, no se trata de ejercitar la Colonia en "lo barato", sino en la autenticidad de un estilo de vida, el criollismo, basado en los moldes tanto evocadores como ciertamente verídicos de Zumárraga, Bernal Díaz, Cervantes de Salazar, Alarcón, Sor Juana. Y si bien la vida de México no se puede interpretar sin adentrarnos en los orígenes prehispánicos, no entendidos del todo, es en Nueva España (tanto en sus gestas como en la vida cotidiana) donde debemos abreviar para nuestra comprensión del presente y del futuro mexicanos.

Pero Galín es un caballero del siglo XVII desfasado en tres siglos; un personaje alambicado y, en cierto modo, cursilón. Su compañera Lota sería, por llamarla así, su *alter ego*, representante del mundo moderno y de la impronta que en ella acentúa la peligrosa vecindad con Estados Unidos. Ambos (el caballero colonial y la mujer contemporánea) forman un todo, o sea la visión que el propio Estrada tiene de ambas Américas: la española y la inglesa. El relato presenta no pocas pinceladas biográficas del escritor y al propio tiempo la disímbola pareja en cuanto pasado y presente históricos se trata. Escindida, diversificada, la unión de ambos personajes es una realidad que él asume por los tangenciales caminos de la literatura: quede para los directos la diplomacia. Y aunque a Lota la deslumbra frívolamente Hollywood (ya en Boulevard ya Pola Negri o Valentino), la ironía al decir "es mucho hotel este país" es indicadora de que todo, en el mundo anglosajón, está de paso; de que lo que cuenta es el dinero: el alquiler y el pago de lo que se compra. Gilberto Owen dice que la diferencia entre un latino y un yankee es que mientras éste vive para el tiempo, nosotros existimos para el espacio.

De ahí que el reloj y la puntualidad acuse un pasatiempo; de ahí que los nórdicos (de donde vienen los demonios, según el pensamiento ocultista) tengan siempre presente la salvación en el tiempo y su redituación: la ganancia económica.

En lo personal, las incursiones de Genaro Estrada por Los Ángeles, Texas, Nueva York y algún otro reducto contrarían tanto a su ser político como al individual. He aquí, acaso, el timbre de alarma que hará que formule su famosa doctrina. Por ello exalta la ya apasionada entrega por México —el país, la ciudad—, pero asimismo por Latinoamérica, sobre la cual tiende los lazos mencionados. El manejo que ejercita sobre la ciudad (una que, para desgracia, ya nada tiene que ver con la que habitamos) es hábil lo mismo cuando se trata de la traza prehispánica, que con la ciudad española rodeada del cinturón indígena, que la de la Independencia o la de tiempos a ella posteriores:

Encontramos que la tradición de México, casi siempre libresca y fantasmagórica, es realmente bella y profundamente humana y que la ciudad encierra, íntegramente, el alma de los siglos, a la cual sólo se puede llegar por el entusiasmo y la comprensión, para aspirar cabalmente la esencia que se oculta en sus sitios recónditos y darla convertida en expresión artística, con clara visión de los verdaderos elementos que se escapan a los ojos que no saben ver el misterio de lo maravilloso.

Si al párrafo lo situáramos en una sola época ¿no sería parte integrante de la *Visión de Anáhuac*? Se siente un estremecimiento dual y acompasado: el que suscita la admiración frente a la belleza que causa lo sagrado.

¡El alma de los siglos! Genaro Estrada sabe de la importancia de la ciudad: un sitio cerrado al que se le debe hurgar con cautela, como a Roma; de otro modo, a la manera de una sensitiva, se cierra de inmediato. Se trata de un lugar hecho a semejanza de parámetros celestes, lo que ocurre con una pirámide egipcia, una estela maya, el Templo Mayor, Malinalco con águilas que diseñó Bracque. Por ello es imprescindible, si de nuestra ciudad se trata, echar mano de la escritura de Genaro Estrada, bien hable de la horca, el quemadero de San Diego, el Volador, Catedral, Palacio, la Plaza Mayor, la insurgencia o la expulsión de los jesuitas. Esta temática vale tanto como lo cotidiano: la vendimia en

los cajones de San José y el Parián, las calles de agua y sus canoas con verduras, la Nao proveniente de China, el ángelus, el vaso de Talavera de la Reyna, un chacharero o la cauda inquietante del cometa que tanta atrocidad causó en la Colonia. México se enmarca ultramarinamente en el Carlos V de Tiziano para llegar a colocarse en pinceles ya propios: la Plaza Mayor de Villalpando, la ciudad en el famoso biombo del mulato Correa, o los lienzos de Echave y de Juárez. Nada tiene de extraño que también penetren el siempre huidizo caballo de Carlos IV o la "Gaceta" que da detalles de la invasión que Bonaparte hizo de España.

Sin embargo su estética se basa, a mi modo de ver, en una frase que acoto para no desperdiciarla: "El tema es lo de menos". De aquí surgen el miniaturista, el coleccionista o el paisajista que es. Cuentos, anécdotas o estampas aparentemente vacuas nos hacen sentir el ritmo de la Colonia hasta la aparición, por ejemplo, de Leona Vicario o de Fernández de Lizardi.

Su cultura no para aquí. Corre por el romanticismo, el positivismo, una Revolución que lo alcanzó siendo muy joven. Ya se habló del surrealismo, pero Estrada acompaña —valga la expresión— a las revistas *Azul* y *Moderna*, a la generación del Ateneo y, con mucho, a la de Contemporáneos, amigos suyos y, en cierto modo, por él abrigados.

Por otra parte —como Jorge Cuesta o Villaurrutia— se interesó en el Muralismo (piénsese en sus referencias a Diego Rivera en lo particular); también por la Novela de la Revolución (recuérdense las escritas sobre Martín Luis Guzmán). Estaba "al tanto", de modo que por ello volvió los ojos al mismo tiempo hacia la estética opuesta de un Novo, Gorostiza o Montenegro. Así se erige en una figura crítica en la que se contemplan un polo y el opuesto, ambos en lucha permanente. Es claro que la polémica fue más allá de lo intelectual y que alcanzó niveles personales enconados pero a Estrada lo atrajo la cultura entendida como un absoluto. Por ello mismo pienso, sin lugar a dudas, que es el intento de integración de los países de América Latina (en los que su doctrina tiene un perfecto acomodo) su aportación fundamental: su herencia. El haberse dado cuenta de lo necesario de esta vinculación lo aprueban, por ejemplo, sus marcadas simpatías por Perú, Chile, Argentina. Fue así como México se abrió con Estrada y otras figuras (Reyes y especialmente Pellicer); se abrió —digo— al sur del continente en lugar de anclarse en su admiración por Europa y

Estados Unidos. Acaso con el propio Reyes, Vasconcelos y Henríquez Ureña (desde un punto de vista del pensamiento) es uno de esos americanos de excepción que rompieron el hielo para que las generaciones actuales no desmayemos en el mismo anhelo. Ahora, parangonando a Truman Capote, son "otras voces", pero los propios "ámbitos" los que intentan estrechar. Conservar lo nuestro no impide estrechar un espacio común: Darío, Lugones, Prado, Chocano, Gutiérrez Nájera fueron, apenas hace unos instantes, los que hablaron de la unión para llenarnos con sus ecos. Hoy se han multiplicado las voces que pretenden convertir la utopía en realidad.

He de agregar que su radiante actitud político-diplomática apuntala ahora —como todos sabemos— la posición de México ante las naciones extranjeras. Baste el ejemplo de Centroamérica para comprobar nuestra adhesión, por arriesgada que resulte la empresa. Ya lo dice el poeta:

*En las Antillas y las Nicaraguas
el sol está hundido en el fango y el miedo.*

Por ello, el que Contadora nos pertenezca en no poca medida también debe tomarse como conse-

cuencia del pensamiento de Genaro Estrada. Sacar a la luminaria del fango y el miedo sería el lema común, porque un sol limpio de polvo y paja es dejar vivir para poder vivir.

Recuerdo por simple asociación de ideas *El cerco de Numancia*. Acosados por las huestes del Imperio romano, los numantinos sucumbieron al hambre y a la sed antes de entregarse. Los vencedores —si así puede llamárseles— encontraron únicamente cadáveres: cadáveres de lujo. La obra es una alegoría y en ella Cervantes proclama el rango que confiere la muerte a costa de la ganancia de la libertad. No es necesario insistir en que estamos cercados por el enemigo. Somos la Numancia actual, con su Imperio correspondiente, "el país de los yankis, mediocre, ordenado y corpulento" tal como lo dice, en forma desesperada y con odio entrañable, Carlos Pellicer. La redención no son las armas, sí bien el mal que lucha contra el mal se justifica por sí mismo. La redención reside en la cultura: al menos para Genaro Estrada y los que pensamos como él. El escribir en estas páginas no me inhibe decir que en la actualidad lo mejor de la política de México es la tendida con el extranjero. La remembranza de Cervantes nos hace creer que en la voz tenemos la libertad o la desdicha, aunque sigamos aparentemente existiendo.